

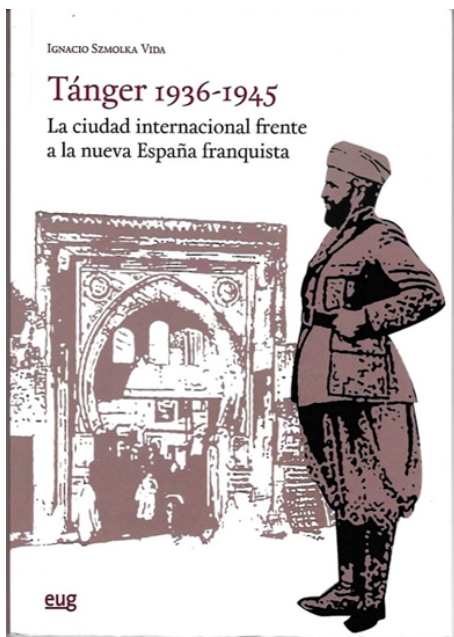
Reseña de Ignacio SZMOLKA VIDA (2022): *Tánger 1936-1945. La ciudad internacional frente a la nueva España franquista*, Ediciones de la Universidad de Granada, Granada 2022, 312 páginas.

Bernabé LÓPEZ GARCÍA

bernabe.lopezg@uam.es

<https://orcid.org/0000-0001-6418-6228>

Para citar este artículo: Bernabé LÓPEZ GARCÍA (2024), “Reseña de Ignacio SZMOLKA VIDA (2022): *Tánger 1936-1945. La ciudad internacional frente a la nueva España franquista*, Ediciones de la Universidad de Granada, Granada 2022 en *Revista de Estudios Internacionales Mediterráneos*, 36, pp. 383-389.



La guerra civil y la ocupación española de Tánger internacional entre 1936 y 1945 supusieron un corte en la historia de este enclave norteafricano que, por su emplazamiento en un lugar estratégico de las comunicaciones entre el Atlántico y el Mediterráneo estuvo siempre abierto a influencias y codicias externas. Entre otras, la ambición por su control por parte de España que constituyó, en las primeras décadas del siglo XX, uno de los temas recurrentes de política exterior instrumentalizado por gobernantes y opositores que hicieron del lema “Tánger español” objetivo de sus reivindicaciones.

La internacionalidad de la ciudad venía establecida desde que a finales del siglo XVIII el sultán marroquí Mohamed Ben Abdallah decidió instalar en esa ciudad las representaciones diplomáticas de los estados con relaciones con Marruecos. Esa decisión influyó para que el personal extranjero en la ciudad obtuviera cierto peso en el destino de Tánger y para que ésta conservara autonomía cuando la cuestión de Marruecos se internacionalizó con la conferencia de Algeciras en 1906 y el posterior reparto entre Francia y España de un Protectorado sobre el país. Tánger tendrá un tratamiento especial que desembocó en el estatuto internacional firmado por Inglaterra, Francia y España en diciembre de 1923.

Pero el desarrollo de las migraciones españolas hacia la ciudad, que cobraron fuerza desde finales del XIX y el arranque del XX, convertirá el tema de Tánger en España en una cuestión nacional, criticando por parte de muchos sectores que se hubiese segregado del Protectorado español. Para acallar esas críticas, cuando se discuta en París el estatuto internacional, a los pocos meses de instaurada la dictadura de Primo de Rivera, se impondrá la suspensión del derecho de reunión y una férrea censura de la prensa para que no salieran a la luz las opiniones negativas sobre las cesiones del gobierno español para llegar a la firma del estatuto.

España, contra una opinión pública mayoritaria, tuvo en los primeros doce años del estatuto internacional un papel subordinado a Francia en los asuntos tangerinos. Aunque el órgano de decisión en dichos asuntos era un Comité de control integrado por los cónsules con representación en la ciudad, presidido rotatoriamente por cada uno de ellos, la cabeza ejecutiva era un administrador, cargo que Francia controló en ese largo período inicial. El organismo legislativo, la Asamblea, contó con una mayoría también controlada por Francia, que influía sobre el Mendub, representante del Sultán, encargado de los asuntos de la población marroquí, musulmana y judía. Un acuerdo de la República española con Francia en 1935 abrió las puertas a un cambio de signo en esa hegemonía, permitiendo que el cargo de administrador recayera en un español. Y justo, cuando se estaba haciendo realidad esa posibilidad, el estallido de la guerra civil impidió que pudiera realizarse.

El libro de Ignacio Szmolka *Tánger 1936-1945. La ciudad internacional frente a la nueva España franquista* parte de la premisa de que “Tánger supone una atalaya privilegiada para analizar en una escala local las relaciones del régimen franquista, de sus organizaciones y de la colonia española con el resto de potencias presentes en la zona tanto durante la Guerra Civil española como durante la II Guerra Mundial”. Porque, pese a que Tánger y franquismo parezcan conceptos antinómicos y a que su régimen internacional se crea asociado a su neutralidad, la ciudad vivió estos dos conflictos

bélicos con una presencia continua y creciente del franquismo, infiltrado al principio en el tejido judicial de la ciudad, ganando influencia en sectores de la opinión gracias al apoyo de la Iglesia y recurriendo incluso a extorsiones y a secuestros del personal, mayoritariamente republicano. Una vez concluida la contienda española y arrancada la mundial, la ocupación militar de la ciudad desde el vecino protectorado convertirá a Tánger y su zona en parte integrante del mismo, sometido a su control, logrando, mientras duró la guerra mundial, el añorado “Tánger español”.

La obra de Szmolka, fruto de una investigación exhaustiva en archivos locales, nacionales y extranjeros, se compone de seis capítulos que analizan el desarrollo de la compleja relación entre franquismo y Tánger. No hay que olvidar, como señala el autor, que “el norte de África constituyó uno de los afluentes del régimen franquista”. Sólo que Tánger incorpora además otros ingredientes culturales que le dan una especificidad singular.

El libro arranca con una introducción y un capítulo inicial, “Tánger: una atalaya excepcional sobre la Europa de entreguerras”, en donde se plantean los objetivos de la investigación, centrada en el papel y visión política de una institución muy activa y presente en la ciudad internacional, la Falange, con aspiración a convertirse en la auténtica representante de la “Nueva España” en una difícil lucha por la hegemonía frente a una colonia española mayoritariamente partidaria del Frente Popular.

El estudio concreto de esa lucha en los años previos a la guerra civil es lo que compone el capítulo segundo, “La lucha por la hegemonía política en Tánger”. La colonia española, la más numerosa de las extranjeras en la ciudad, integrada en su mayoría por gentes modestas, logró imponer su lengua y hasta un cierto carácter español en la vida diaria, lo que no se correspondía con su escasa influencia política, subordinada a Francia. Subordinación que se extendía también en otros ámbitos, como el de la propiedad rústica y urbana, en el que otras nacionalidades como la británica o la francesa habían tomado la delantera. A pesar de que en otro tiempo la misión franciscana española había ejercido una influencia notable en la ciudad, contribuyendo a su modernización en educación, sanidad y hasta en el alumbrado de la ciudad, con el advenimiento del Protectorado dominios como el urbanismo, la enseñanza o el comercio pasaron a manos francesas. Con la internacionalización de la ciudad, aunque con un sesgo marcadamente francés, el sueño de un Tánger español fue disipándose. Francia había logrado años antes desbancar a un rival como Alemania, interesado en influir en Marruecos como se vio en 1905 y 1911. Al comenzar la primera guerra mundial incautó todas sus propiedades, subastándolas y expulsando a los súbditos alemanes.

Aunque rival de menor envergadura, la Italia fascista quiso hacerse notar en Tánger no dando su conformidad al Estatuto de 1923. En los años siguientes, aunque con una colonia sensiblemente menor que la española, quiso incrementar su influencia conforme hacía de su política mediterránea una seña de identidad. La adquisición del palacio construido por el exsultán Muley Hafid, convertido en el Palazzo Littorio, denominado de las instituciones italianas, será la muestra ostensible de un empuje que le llevaría a conseguir renegociar el Estatuto de Tánger en 1928, obteniendo a cambio el cargo de un administrador adjunto para asuntos judiciales.

Cuando en 1935 llegó el momento de discutir la renovación del Estatuto, Francia se avino a consentir, como se ha dicho, que el nuevo administrador fuese español. No hubiera sido el Tánger español soñado, pero al menos, a través de la inteligencia con Francia, se hubiera podido conseguir, según expresión del exministro de Estado Juan Pérez Caballero y Ferrer en *ABC* en diciembre de 1935, que la zona de Tánger fuese “un maravilloso Montecarlo africano, que, aprovechando el carácter internacional de su zona, convierta a Tánger en mágica ciudad de esparcimientos y recreos, beneficiosa para las dos zonas marroquíes y aun para España misma, como paso obligado de la referida corriente turística”.

Pero, como se ha dicho, no pudo hacerse tal nombramiento en la fecha convenida por mediar el estallido de la guerra civil española. Contribuyeron a ello las maniobras que desde el Comité de control realizó su presidente, el cónsul de la Italia fascista, Pier Filippo Rossi del Leon Nero, en connivencia con los golpistas que, so pretexto de impedir el bombardeo de Tánger por los sublevados, se entrevistó con Franco en Tetuán, con el fin de facilitar el envío de tropas marroquíes a la Península desde el Protectorado español, controlado por los rebeldes desde el primer minuto del golpe.

El capítulo tercero, “Tánger: un frente único en la geografía de la guerra civil española”, está dedicado a analizar las consecuencias de la contienda para la ciudad, a través del desarrollo de una institución que fue adquiriendo a lo largo de la guerra cierta relevancia, la Falange, que “disputó el espacio público de la ciudad internacional a la República”, a la que la gran mayoría de la colonia y su representación diplomática habían permanecido fieles. Al frente de Falange estuvo precisamente quien se presumía como el futuro administrador de la ciudad, el doctor Manuel Amieva, director del Hospital español. Durante toda la guerra dirigió el Hogar español, especie de consulado de Franco, convertido en centro de coordinación de actividades profranquistas y antirepublicanas, que iban desde la persecución legal de la prensa democrática –para lo que contó con la connivencia del Tribunal Mixto-, a la celebración religiosa de las victorias nacionalistas en los escenarios de guerra –para lo que contó también con el apoyo del arzobispo Betanzos y la curia local-, hasta atentados y secuestros con desaparecidos que acababan en la vecina zona del protectorado español, clave para el sostén de todas sus actuaciones.

Una parte importante de este capítulo está destinada a analizar el tratamiento y manipulación de la “cuestión judía” por el órgano de expresión y propaganda falangista en Tánger, el periódico *Presente*, aparecido en febrero de 1937, que explotó rencores larvados entre los musulmanes hacia los judíos recrecidos desde los sucesos del año anterior en Palestina, vinculando con frecuencia “judíos” y “rojos”. Pero se vio a su vez obligado a matizar y a distinguir entre un “judaísmo internacional”, volcado del lado de la República y un “judaísmo sefardita” al que se le presuponía identificado con la causa nacional. Era evidente que ciertos judíos influyentes de Marruecos sostenían a Franco, aunque muchos judíos, sobre todo en la zona del protectorado donde eran rehenes de los militares, así como también en la zona tangerina, donde recibieron presiones, se vieron obligados a hacer manifestaciones públicas de adhesión al que llegaron a llamar en un documento publicado por *Presente* “el Movimiento Nacionalista Salvador de España”.

“África y España: una relación bidireccional” es el título del cuarto capítulo, En él se estudia el “amplio y heterogéneo repertorio de mitos, discursos, ceremoniales, ritos y símbolos” de los que se sirvió la ideología franquista y en los que África desempeñó un papel protagonista. Llano Amarillo, donde se fraguó la conjura que llevó a la guerra civil, el “convoy de la Victoria”, que bajo la protección de la Virgen de África permitió a Franco el paso del Estrecho de las tropas marroquíes, la misma figura de Franco, aureolada de una supuesta “baraka” que lo protegió y ayudó a su victoria, sirvieron de mitos fundadores celebrados en conmemoraciones o monumentos erigidos en Tánger, Ceuta o Tetuán en aquellos años inmediatos al fin de la guerra civil.

La ocupación de Tánger el 14 de junio de 1940 por las tropas jalifianas del Protectorado, mandadas por el coronel Antonio Yuste, precisamente el mismo día que el ejército alemán tomaba la ciudad de París, vino a significar la oportunidad para hacer realidad el tan añorado “Tánger español”. En este cuarto capítulo Ignacio Szmolka considera este evento como “la culminación del ciclo simbólico norteafricano”. Considerada Tánger “ciudad española” como la calificó el diario *España*, perdió sus prerrogativas de ciudad internacional desde el 3 de noviembre de 1940 en que el coronel Yuste promulgó un bando por el que asumía el control de la zona y dejaban de funcionar el Comité de Control, la Asamblea Legislativa y la Oficina Mixta. El propio administrador Manuel Amieva, que acababa de ser nombrado, hubo de pasar al ostracismo, traspasando unos días más tarde sus funciones al comandante Gonzalo Gregori, nombrado jefe administrativo de los servicios municipales, incorporados a la zona del Protectorado de Tetuán.

El proceso de escenificación pública de la anexión de Tánger al Protectorado conllevó la pérdida de poder de la Falange en la ciudad, que había logrado convertirse en hegemónica al finalizar la guerra civil bajo la dirección de Amieva. Se sustituyó la figura del Mendub, dependiente del Sultán de Rabat, por un bajá subordinado al jalifa de la zona española y su palacio, antigua Legación alemana antes de la primera guerra mundial, sería convertido en consulado de la Alemania nazi. La exaltación de la figura del jalifa, al que se llegó a atribuir “una imagen más propia de la de un sultán que la de su representante”, culminó con la visita que llevó a cabo a Tánger en marzo de 1941 en medio de ceremonias y festividades inmortalizadas por las fotografías de Nicolás Müller, ilustradas con textos de Rodolfo Gil Benhumeya en el libro *Tánger por el Jalifa* que publicaría el Instituto de Estudios Políticos en 1944.

Pero la supresión de las instituciones internacionales de Tánger no pudo privarla de su internacionalismo, derivado de la presencia de numerosas colonias extranjeras que recuperaron el sistema de capitulaciones establecido antes del Estatuto. El curso de la segunda guerra mundial y la pátina de neutralidad que las autoridades españolas quisieron darle a la ciudad, la convirtieron en nido de espías de todas procedencias, lo que acentuó su internacionalidad. Como señala Ignacio Szmolka en el capítulo quinto de la obra, titulado “El régimen franquista ante el escaparate internacional de Tánger”, la anexión de Tánger expuso al escrutinio internacional al “Nuevo Estado franquista”, ante informantes, diplomáticos, y los propios habitantes de las diferentes nacionalidades de la ciudad. Por ello, los años de ocupación militar por España de Tánger fueron años en que se cuidó la españolización del aire de la ciudad, adoptando “medidas para que cese

el aspecto internacional y más aún marcadamente francés de muchas de sus manifestaciones”, según se lee en informes de la Alta Comisaría de la época. Se emprendieron obras de prestigio como la construcción del inmenso hospital español (aunque sería inaugurado en fecha posterior) y hasta se quiso remozar con aires neoclásicos la fachada del Gran Teatro Cervantes, juzgada decadente. Quizás se era consciente de la transitoriedad del momento bélico, por lo que también se escribió en octubre de 1941 que “la realidad de hoy es que cualquiera que sea el resultado de la guerra, España llegue a él con el máximo de prestigio. Si tuviéramos que perderle, siempre quedaría en Tánger el recuerdo del prestigio español; si nos tocara discutir nuestro derecho siempre sería una gran baza a nuestro favor haberlo hecho bien en Tánger”.

España tuvo que hacer frente en los años de la guerra mundial a un grave problema de abastecimiento en la zona de Tánger que provocó especulación y contrabando y un malestar que afectó a sus nacionales y a los marroquíes, mientras los naturales de otras potencias presentes en Tánger recibieron diversos apoyos de sus Legaciones. Se intensificó el control militar del puerto, para limpiarlo de “maleantes, criminales y rojos”, en paralelo a una depuración de la colonia de elementos desafectos combinada con medidas encaminadas a fomentar el empleo, la vivienda (las famosas “casas baratas”) y la educación, en una búsqueda de prestigio para exhibir como balance de su gestión.

Pero las características de la población española con carencias importantes justamente en estos terrenos del empleo, la vivienda y la educación, obligó a darle un papel predominante a una institución de beneficencia como Auxilio Social, que ya en la guerra civil había contado con presencia en Tánger, en concurrencia con la ayuda de la República a refugiados y familias sin recursos. A dicha institución le dedica Ignacio Szmolka un apartado lleno de interés.

El último capítulo de la obra se titula “Tánger entre dos concepciones antagonistas de un nuevo orden mundial”. El curso de la segunda guerra mundial en su primera fase animó en el eufórico imperialismo franquista la esperanza de poder extender sus dominios hacia las posesiones de una Francia en decadencia. El principal argumento era la presencia de numerosas colonias de españoles en ciudades como Orán o Casablanca, apoyado por una ideología, la de la “defensa del derecho natural” que amparaba a España, defendida por el que fue ministro de Asuntos Exteriores en ese momento, Ramón Serrano Suñer. La ocupación española de Tánger formaba parte de esta “defensa” y para argumentar ese derecho, Fernando María Castiella y José María de Areilza, dos figuras clave de lo que habría de ser la futura acción exterior de la España franquista –si bien moderando más tarde sus planteamientos iniciales-, redactarían en 1941 el libro *Reivindicaciones de España* que publicó el Instituto de Estudios Políticos, libro que expresaba a las claras esa aspiración a unas tierras en manos francesas que, tras el triunfo de las potencias del Eje, podrían atribuirse a España. El libro estaba impregnado de la ideología de su mentor, que explotaba la amistad hispano-marroquí como puntal esencial de la política española resaltando que los “moros” de Argelia, como ya demostraron los de la zona del Protectorado español, serían los mejores aliados para el logro de esta aspiración territorial. Así, en sus páginas podía leerse: “Más de un millón de moros serán en el Oranesado, nuestros mejores aliados. Sus hermanos del

Marruecos norteño, conocen ya por experiencia la perfecta identificación política y espiritual que los une a la renaciente España. Ellos se convertirán en los más eficaces mensajeros de la buena nueva: la anexión de las tierras oranesas a la gran Patria española”.

Ignacio Szmolka desarrolla en este capítulo el auge que en los primeros años cuarenta tendrá esa ideología sustentada desde la renaciente revista *África* y otros medios de prensa por plumas como la de José María Cordero Torres, Bartolomé Mostaza o Tomás Borrás, sin olvidar la del principal ideólogo del africanismo, Tomás García Figueras.

Pero la evolución del curso de la guerra en una dirección contraria a la que justificaba ese espíritu expansionista obligó a cambios hacia una visión que empezaba a insistir más en la neutralidad y que afectó enormemente a la política a desarrollar en la ciudad de Tánger. Szmolka señala que “en el momento en que se invirtió la iniciativa en la contienda, la Alta Comisaría emprendió en la ciudad su particular proceso de desfascistización, a escala local, pero tal y como era inevitable para cualquier acción política en Tánger, proyectada en el plano internacional”. Se llegó así en mayo de 1944 a la expulsión de la representación alemana en Tánger y, al concluir la contienda tras producirse la rendición alemana, a celebrar por el obispo José María Betanzos un *Te-Deum* de acción de gracias con motivo de la consecución de la paz. Obligando así al “desmantelamiento de todo el aparato jurídico que asimilaba Tánger al Protectorado español”, devolviendo el régimen del Estatuto internacional.

Tras la conferencia de Postdam en agosto de 1945, que condenó al régimen franquista por haberse fundado “con el apoyo de las potencias el Eje y vistos sus orígenes, su naturaleza, su historia y su asociación íntima con los Estados agresores”, el acuerdo de París sobre Tánger entre Gran Bretaña, Estados Unidos, la URSS y Francia obligará a España a restablecer el régimen estatutario a la ciudad. El relato oficial construido en España para encajar este revés fue que la ocupación de Tánger fue “la más alta manifestación de nuestra política ponderada y pacífica” que contribuyó con eficacia “a la victoria de las Naciones Unidas, que pudieron dar el salto sobre Europa desde un territorio aislado de la *Wehrmacht* por obra y gracia de nuestra conducta en la guerra”, como escribió *ABC* por aquellas fechas. Pero el papel de España en la gestión de la ciudad se vio disminuido, no recuperando el puesto de Administrador, mientras creció el papel de otras potencias.

En las conclusiones a la obra, Szmolka califica a Tánger de “quintaesencia del heterodoxo franquismo norteafricano” que muestra, ya desde sus orígenes, sus capacidades de adaptación. El libro es, no solo una aportación valiosa a la historiografía sobre el franquismo sino una investigación original sobre la vida en la ciudad internacional y el juego de relaciones que las diferentes potencias mantuvieron en ese periodo crucial del siglo XX que fueron los años entre 1936 y 1945.